

SÓLO CINCO

Se despedía de ella para siempre. Copacabana, su mar, su hogar... Y se separaban tras toda una vida. Era ya el segundo adiós sincero que pronunciaba en tres años. Pero esta vez dolía más. Al fin y al cabo, Amanda le había dejado a él. Nunca creyó que tuviera agallas para hacerlo, pero la iba a abandonar. El avión despegaba en dos horas. Y sólo cinco minutos. Allí seguía, enredándose en la arena, dejándose mojar por las fuertes olas de aquel día de viento... Si no le hubieran fallado no se habría visto obligado a... Pero estaba decidido desde hacía cuatro meses y no se podía echar atrás, aunque le hubiera gustado. Mientras se limpiaba la arena, mezclaba entre las aguas de su playa unas tímidas lágrimas que encerraban una sinceridad absoluta. ¿Podría verla de nuevo? Estaba ya mayor, aunque... No. Había decidido no volver nunca más. Europa le proporcionaría la tranquilidad que ansiaba. Pero ni coches, ni palacios, ni sus propios hijos. A nada lo echaría tanto en falta. Copacabana. Los últimos instantes en CASA. Y todo por culpa de Antonio. . En Río estaba perdido. La toalla vieja le raspaba la espalda por última vez. No se la llevaba. Sólo la ropa puesta. Todo lo demás estaba ya arreglado. Pero muy lejos. Eran muchas horas de vuelo. Pero lo peor era dejar de verla. Cuántas noches. Cuántas tardes y días había dejado en Copacabana. Le habían prometido que sus hijos estarían bien. Siempre lo habían estado. Además, era gente de palabra, y Antonio respetaba a Amanda. ¿La querría? Eso ya daba igual, viejo. ¡Adiós! suspiró, contestando a la marea, que se despedía de él. Despacio, por la arena, se acercaba al taxi, que le esperaría cinco minutos. Sólo cinco.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)